SOBRE EL MONUMENTO

EN ENDARLATSA, DEDICADO A LOS CARABINEROS LIBERALES QUE FUSILÓ EL CURA SANTA CRUZ

Muchos os acordaréis que, antes de comenzar las obras de la carretera a Irún, en la última curva anterior a Endarlatsa, estaba colocado un monumento con una placa llena de nombres.

No se cuánta gente conocía que esa lista de nombres pertenece a los carabineros liberales que fusiló el cura Santa Cruz.

Creo que, cuando se publique este artículo, ya estará recolocado en el aparcamiento que existe junto al antiguo bar de Endarlatsa.

La historia de este fusilamiento, según relata Gaétan Bernoville en su libro "LA CRUZ SANGRIENTA-HISTORIA DEL CURA SANTA CRUZ", editado por Librería Internacional San Sebastián en 1928 y traducido por F. Seminario, es bastante curiosa y merece ser conocida.

Ocurrió el 4 de Junio de 1873. A las tres de la mañana hubo cambio de guardia en al cuartel de carabineros que se encontraba, al otro lado del río, en territorio de Irún, donde ahora hay una casa vivienda.

El puente, que se dinamitó en la guerra civil de 1936, era de hierro y junto a él estaba situado el citado cuartel, exactamente para su estricta defensa.

El cura Santa Cruz era un guerrillero carlista que hacía la guerra un tanto por su cuenta, sin seguir la disciplina de los generales carlistas. Siempre atacaba por sorpresa. Dormía de día y caminaba, junto con sus partidarios, de noche. Era imprevisible.

Al cuartel de Endarlatsa llegaban muchos rumores del paradero de aquel temible guerrillero carlista: unos decían que andaba por Oiartzun, otros por Orereta… un chiquillo dijo que había oído decir a su padre que el cura acababa de hacer una de las suyas en Azkoitia. De cierto no se sabía nada. La incertidumbre era desesperante, ya que las noches o los días de tempestad eran los momentos preferidos del cura guerrillero. No ocurría lo mismo con los generales carlistas Lizárraga o Dorregaray: a éstos se les veía venir, con sus avanzadas, sus gastadores, sus furgones y carros de abastecimiento, pero con Santa Cruz y su gen-

te era la cosa muy distinta. Cuando menos se los esperaba, caían encima, rápidos, flexibles e implacables.

Con el despuntar de los primeros rayos del sol, el carabinero que estaba de guardia comenzó a notar, por las escarpadas pendientes de la parte de Lesaka, movimientos de gente bajando hacia el río Bidasoa y la regata Endara. Al principio eran pocos: dos, tres, cuatro…, pero cuando el sol que surgía del lado de Bera comenzaron a disiparse las dudas: al menos venían doscientos. ¡Eran los guerrilleros del cura Santa Cruz!
El carabinero corrió hacia el cuartel, dando voces de alarma: "Arriba todo el mundo, salid todos, tenemos encima a Santa Cruz"

En menos de un minuto, los treinta y seis carabineros que formaban la guardia de Endarlatsa estaban, fusil en mano, en la carretera. Delante de ellos se alzaban los enemigos. Cada roca, cada matorral, cada árbol, servía de protección a los guerrilleros carlistas, que solo los abandonaban para resguardarse en otro punto mas avanzado. El chasquido de los fusiles comenzó.

Santa Cruz había salido al atardecer de Aritxulegi y acampó a media noche en las crestas que dominan Endarlatsa, esperando al alba para comenzar el combate. Él con su fiel Erretaitxiki y otros dos compañeros quedaron cerca de la frontera, mientras el resto de su gente tomó posiciones en el barranco, protegidos por la maleza y los accidentes del terreno, lo más próximo posible al puente.

El tiroteo se prolongaba sin grandes pérdidas ni para los carlistas ni para los carabineros liberales, quienes se refugiaron rápidamente en el cuartel. Pero los carlistas contaban con un famoso cañoncito, que transportaban a lomo de mula. Después de muchas tentativas infructuosas, lograron instalarlo en una posición favorable frente al cuartel, a unos ciento cincuenta metros de él, junto al pozo de los 50, donde se suelen instalar los pescadores para capturar salmones.

Los carabineros con sus fusiles, cuyas municiones iban empezando a escasear, no podían tampoco hacer nada contra la fuerza de los proyectiles del cañón. El tiempo pasaba y los refuerzos no llegaban desde Irún, sin los cuales sabían que su pérdida era irremisible. Algunos intentaban pasar, arrastrándose, por el puente de hierro hacia Bera, donde veían su salvación, puesto que todos los carlistas estaban en la otra orilla del Bidasoa, pero el fuego carlista se lo impedía. Las mujeres de los carabineros gemían y lloraban en su desesperación.

De pronto, apareció por una tronera del cuartel una bandera blanca. ¿Dio el sargento, máximo mando en el cuartel, la orden de que se izase, o fue espontáneamente agitada por algunos carabineros cansados de luchar inútilmente? Nadie lo sabrá jamás

- Muchachos, no tiréis. Se rinden.

Salieron de sus parapetos los muchachos de Santa Cruz y se dirigieron confiados al fuerte, con las armas a la espalda. Bruscamente, cuando menos se esperaba, desde el fortín empezaron a disparar por todas sus troneras. La descarga segó la vida de una porción de muchachos, entre los que estaba Txango de Rentería, el mejor dantzari de zortziko de Oiartzun, el amigo predilecto de Santa Cruz, al que admiraban en todo Gipuzkoa cuando, en mangas de camisa, alpargatas y pantalón blancos, ceñido por la faja colorada, conducía las alegres danzas en las plazas de los pueblos.

Los santacrucistas, sorprendidos, se retiraron y otra vez empezó el cañoneo. Un disparo certero taladró los muros del fortín, hiriendo a muchos de sus defensores. En aquel momento se decidió su suerte: Los carabineros y sus mujeres huyeron de aquel antro irrespirable y, por la carretera, por las rocas, por el río… trataron de salvarse. ¡Era ya demasiado tarde! Rodeados por todas partes, tuvieron que rendirse. Las mujeres iban de un lado para otro, totalmente alocadas. Una de ellas se arrojó a la corriente del Bidasoa. La rescató Zabalo, uno de los carlistas, no sin gran trabajo.

- Sálvate. Vete pronto a Irún. Le dijo.

Eran entonces las diez de la mañana. Lo que más les dolió a Santa Cruz y sus compañeros fue la muerte de Txango, aquel guapo muchacho, cuyo cadáver contemplaban ahora desesperados.

La guerra es la guerra. Si Txango hubiera caído

en un combate leal, no habría habido nada que objetar. Pero aquello había sido una traición, un asesinato cobarde que no podía admitirse.

Mientras los carabineros supervivientes estaban, ya desarmados, rodeados en círculo por los guerrilleros carlistas de Santa Cruz, a la espera de las órdenes de éste, las mujeres volvieron al lugar de los sucesos. El silencio que todos guardaban no les auguró nada bueno y comenzaron a exhalar gemidos en torno a Santa Cruz, mientras las más jóvenes rodeaban con sus brazos a los guerrilleros.

Santa Cruz ordenó separa al las mujeres y conducirlas por la carretera hacia Irún.
.- Alineadlos en la carretera de Bera (ordenó Santa Cruz) y fusiladlos. Y enseguida todos al monte.

En aquel momento apareció el cura de Biriatu, quien sintió el tiroteo del amanecer y se encaminó hacia Endarlatsa, con la sotana recogida en la cintura, a grandes zancadas, por un sendero entre rocas y bosques, que une ambos lugares, con la intención de socorrer a los heridos y moribundos. Al primer golpe de vista se percató de la gravedad de la situación. De una ojeada se hizo cargo que faltaba D. Valero, el capellán de Santa Cruz, que le acompañaba en las grandes expediciones.

Se dio cuenta de que les iban a fusilar y, sin atreverse a pedir perdón por ellos, solicitó:

- Déjeme que les confiese.

Santa Cruz tenía prisa por terminar, puesto que se temía que pronto vendrían tropas liberales desde Irún. Al mismo tiempo le poseía una sed de venganza por la perdida de aquel joven dantzari de Oiartzun.

- Eso es un asunto mío, le respondió al cura de Biriatu y dio la orden de fusilamiento.

La venganza del cura Santa Cruz llegó a tal extremo que fusiló a todos loa carabineros supervivientes, sin confesarles, para que fueran directamente al infierno, tras haber asesinado a su amigo Txango.

Luego se dirigió a Bera, donde instaló su cuartel general en ese palacio que está detrás del Ayuntamiento, denominado "Larratxe", de donde más tarde se escapó por una puerta que da al desaparecido callejón que llevaba a la también desaparecida casa "Atxuletxea".

Esta es la historia contada por un simpatizante de Santa Cruz. Algún otro autor, cuyo libro no logro encontrar entre todos los que tengo, pero que algún día me aparecerá, también daba la misma versión, acompañada de planos donde situaba la posición del cañón, la situación del cuartel, etc…

Creo que es interesante conocer datos de nuestra pequeña historia, plagada de batallas. Por nuestro pueblo han pasado castellanos, franceses, ingleses, carlistas, liberales… todos dejando sangre, miseria y hambre.

Esperemos que algún día no muy lejano, podamos vivir absolutamente en paz, basada en el respeto y comprensión entre todas las personas, independientemente de cómo podamos pensar.

Un abrazo y felices fiestas.

Josu Goia Etxeberria
"Olambarrenea" 2009-05-29